

## POESÍA Y EMOCIONES

AULA SEMFYC, MADRID, 19 MARZO 2009

Buenas tardes/noches a quienes asistís a esta conferencia inaugural del aula cultural de SEMFYC y muchas gracias a los organizadores, y en particular a José Antonio Prados, por haberme invitado.

El título que José Antonio me propuso para esta conferencia es sugerente: “Poesía y emociones”. Dos palabras muy cargadas. Empecemos, pues, por esas dos palabras.

A finales del siglo XVIII, Coleridge escribió: “*Poetry is the power to disimprison the soul of the facts*” (La poesía es la capacidad de liberar el alma de los hechos). Para Coleridge, como para muchos de los escritores románticos

ingleses, “poesía” quería decir “arte” porque para ellos la poesía era el arte por antonomasia.

Claro que hay muchas otras definiciones de “poesía” (y de arte) anteriores y posteriores a la de Coleridge. Casi cada poeta (y cada artista) ha producido al menos una, aunque solo sea para su propio consumo. Y algunos más de una. Quien quiera gozar con ello puede leer, por ejemplo, los Adagia de Wallace Stevens y encontrará muchas y muy buenas.

Me gusta la de Coleridge porque sintetiza bien los dos polos de la contradicción fundamental que ha de enfrentar cada poeta, cada artista, cuando se plantea crear: reconciliar el mundo interior y el mundo exterior, sentirse uno y parte, saberse, a un tiempo, finito e ilimitado.

“Disimprison”, liberar, no es un verbo cualquiera. Según ese verbo no sería la capacidad de registrar hechos desnudos, describirlos, o hacer su cronología lo que diferencia a la poesía (y al arte) de otras actividades humanas relevantes como la ciencia, sino la capacidad de hallar y dejar que se manifieste y despliegue algo que antes estaba oculto, encerrado.

Esa definición también me gusta porque tiene un punto ambiguo, pues uno no sabe en qué sentido tomarla: si en el de que la poesía permite penetrar hasta el fondo, hasta el “alma”, de los hechos; o en sentido contrario, es decir, como la capacidad del alma para liberarse de las ataduras materiales.

Puede que las dos acepciones sean una sola. Porque no hay cómo liberarse de las ataduras materiales si no es conociéndolas a fondo, sabiendo cuáles de ellas se pueden

cambiar con el solo esfuerzo individual y cuáles requieren un empeño colectivo, qué cosas pueden cambiarse en el plazo de una vida y cuáles necesitarán varias generaciones.

Conrad, otro escritor a caballo entre dos épocas y varios mundos, lo expresó a su manera. Para él los sentimientos son la materia prima de la que estamos hechos, lo que teje nuestra existencia y el tema central de la gran literatura.

Una reflexión que puede parecer paradójica viniendo de alguien que exploró como pocos la aventura humana en circunstancias difíciles y territorios hostiles. Pero que no lo es tanto si pensamos que la gran aventura humana es vivir, y que vivir es una aventura interior y exterior, individual y colectiva, épica y ética. Y, por tanto, estética.

Escribo poesía desde que tenía diecinueve años y relatos desde poco antes de cumplir los cuarenta. Más recientemente, también he terminado alguna novela.

Escribir me ha permitido conocerme mejor; en gran medida, me ha permitido construirme a mí mismo. Junto a la escritura como testimonio está la escritura como indagación y aprendizaje. Junto al yo que expresa y propone, está el sujeto como problema, la identidad como relato construido y auto-construido. Del juego entre estas dos líneas de fuerza se nutre gran parte de la mejor literatura.

Y, también, la vida como viaje y el viaje como metáfora de la vida. O como forma de vida. Cervantes inventó la novela moderna porque en El Quijote atinó con esto. Quizá desde la Odisea nadie había atinado tan de lleno con esto.

A lo largo de mi vida he viajado mucho. Por razones profesionales y, también, por curiosidad, por el mero placer de sentirme en tránsito. El viaje en el espacio. Y el viaje en el tiempo. “Dicen que recordar”, el primer libro de relatos que publiqué trata, en realidad, de eso.

Pero, también, e inevitablemente, el viaje hacia dentro, hacia las oscuridades del alma. En justicia es el mismo viaje pues no se puede viajar en una dimensión sin hacerlo en las otras dos. Partidas simultáneas de ajedrez donde jugadores y piezas se confunden. Para escapar de la confusión, para resituarse, siquiera provisionalmente, fichas, jugadores y reglas, nos expresamos. Y si lo hacemos bien también podemos liberar a otros.

“Dicen que recordar” es el último de los doce relatos de ese primer libro y le da título. Cuenta un caso real, la

muerte del esposo de una colega médica que trabajaba conmigo en la OPS/OMS en Washington.

Al año de regresar a España ella me propuso viajar de nuevo a Washington para una consultoría corta y accedí. Cuando llegué me sorprendió no encontrarla. “Es que ayer falleció su marido” me explicaron. Ella apareció por el despacho dos días después y me contó lo ocurrido. Esa noche, en la habitación del hotel, escribí un relato de cinco páginas que le entregué al día siguiente, cuando ya salíamos. “Para que lo leas en casa” le dije.

Por la mañana vino a buscarme, me estampó dos besos y con la voz cortada me dio las gracias. “¿Y eso por qué?” pregunté. “Porque leyendo tu cuento al fin he podido llorar” respondió. Dudo que pueda recibir alguna vez mayor elogio por algo que haya escrito.

“Un libro” decía Kafka “debería servir como el hacha para el mar helado que hay en nuestro interior”. Que es la condición necesaria para ver las cosas de otro modo. En “Luz interior”, otro de los relatos de ese libro, el protagonista coincide en un avión con una hermosa mujer que le describe lo que ve por la ventanilla con precisión de meteoróloga y simbolismo de poeta.

La mujer que lleva gafas oscuras, dice ser pintora, le entrega un catálogo de su última exposición, le comenta cuánto le gusta su rostro y, a continuación, le hace un retrato rápido de trazo continuo, y a él le admira la profundidad con que ella ha captado no solo su expresión sino también su forma de ser, su carácter.

Fascinado, duda si pedirle el teléfono y en ese momento el avión inicia el descenso hacia el aeropuerto azotado por una súbita turbulencia. Cuando por fin toman

tierra, una azafata se acerca a la dama, le entrega un bastón, y le ayuda a levantarse, y solo en ese momento el protagonista descubre que es ciega.

Para eso sirven también la poesía, la literatura y el arte: para ver sin ojos o, en su caso, para ver lo que los ojos no pueden ver.

“La vida” escribe García Márquez “no es lo que uno vivió sino lo que recuerda, y cómo lo recuerda, para contarlo”. Somos relato. El que nos contamos a nosotros mismos. Las versiones que de ese contamos a otros. Y también los que de otros escuchamos, incorporamos, volvemos a contar. Quien no haya acabado contando como propios los cuentos de su abuela no sabe lo que se pierde.

Muchos de los relatos que he publicado me los han contado, en todo o en parte, otros. Yo los he escrito, los he dado a leer a quiénes me los contaron, los he corregido tras escuchar sus comentarios, y se los he dedicado. Es lo que llamo cuentos compartidos o, también “cuentos escritos a cuatro manos”. Una forma de compartir no sólo cuando se publica sino también cuando se escribe.

Varios de los incluidos en “Dicen que recordar” y, sobre todo, en mi reciente libro “Circunstancias personales”, son cuentos compartidos. Otros no, bien porque me ocurrieron a mí o porque son inventados.

El proyecto de este segundo libro era escribir al menos dos cuentos por década desde el final de la guerra civil hasta el final del siglo. He pretendido obtener así una semblanza moral - mi personal semblanza moral - de la evolución de un país que en esos sesenta años pasó del

aislamiento y el atraso a situarse como la octava potencia económica del mundo sin dejar por ello de peinar caspa y oler a fritanga y ajo. Un país del que el esperpento forma parte constitutiva y donde muestra una asombrosa capacidad de regeneración.

Aunque no basta con tener una idea o un proyecto. Hay que saberlo materializar. Para ello yo trato de escribir como proponía Ambroise Bierce: con las tripas y mojando la pluma en acíbar. De ese modo, el escritor re-vive y re-siente, re-llora, re-ríe, re-tiene miedo, o frío, o se enamora, o sufre, odia, o grita con sus personajes. Pero ojo: han de ser ellos sus personajes y no él quienes hagan todo eso en el cerrado mundo que sus palabras construyen.

Hay una máxima que dice que todo relato, sea en prosa o en verso, es, en gran medida, autobiográfico. Por tanto, gran parte de la cuestión radica en lo que cada

escritor es capaz de atesorar, de incorporar como propio, en lo que lleva dentro. Cuanto más porosa sea su alma, más amplia su curiosidad, más ricas y diversas sus experiencias, más probable será que lo que escribe esté vivo e interese a otros. Hay excepciones, claro. Pero son eso: excepciones.

Y así llegamos a otra cualidad esencial para escribir bien: ser auténtico. En mi opinión eso quiere decir: escribir solo de lo que uno siente, sobre lo que uno ha vivido, o soñado, o le han contado de primera mano quienes lo han vivido o soñado. Y hacerlo con humildad, sin petulancia, sin querer deslumbrar. Directamente. Yendo al fondo, al “alma de los hechos”. Con las palabras necesarias, que no son muchas o pocas, sino las que tienen que ser. Y ni una más. En esto la poesía es una escuela insustituible porque tolera mal los excesos sentimentales o verbales.

William Faulkner decía que los escritores muy buenos debían dedicarse a la poesía, los regulares a los relatos y los que no servían para otra cosa a escribir novelas. A Faulkner siempre le frustró no ser reconocido como un gran poeta.

Más que un género literario, la poesía me parece, ante todo, una actitud, una forma de mirar, de pensar y de sentir. Un intento, permanente e inconcluso, de subversión y reconciliación. De subversión de lo existente, de promesa de un mundo mejor. Un intento de reconciliación de las escisiones humanas originarias: de sexo, de género, de clase, de nacionalidad, de ámbito cultural y geográfico.

Keats decía que la poesía nacía del impulso de los seres humanos por reconciliar verdad y belleza, y de la simultánea conciencia de que ese es un empeño imposible.

Poesía como terapia y antídoto frente a la angustia, la irracionalidad, el vacío. Poesía como respuesta al sinsentido que a diario nos amenaza. A los miedos y terrores primarios: el miedo a la soledad, a no ser lo que queremos ser, a acabar siendo lo que no queremos ser, a pasar sin dejar huella, a no ser recordados.

Se puede hacer poesía sin palabras como hacen los autores de “poesía visual” o los payasos y mimos. Y hay más poesía en las páginas de Juan Rulfo o en muchos los relatos de Hemingway, que en buena parte de los libros de poesía al uso. Cortázar, que era un poeta en prosa, nos dejó intuiciones muy inspiradas sobre las estrechas relaciones entre poesía y relato.

En mi caso, “Luz interior” y “Fobias”, el último de los relatos de “Circunstancias Personales”, son relatos esencialmente poéticos. Y bastantes poemas de “Diario de

ruta” el segundo mis poemarios publicados, son, en realidad, microcuentos.

¿Qué define a la buena poesía y, por extensión a la buena literatura? Pablo Méndez, editor, poeta y amigo, suele responder: “Yo sé si un libro es bueno cuando me gustaría haberlo escrito a mí”. Como idea no está mal, y yo la suscribiría, con una sola condición: educar continuamente el gusto, proponerse tener un criterio amplio y variado.

Hay mucha gente capaz de escribir buena poesía. A poco que uno lea, tenga motivación, disponga de una mínima formación literaria y asista con cierta regularidad a tertulias o talleres, puede hacerlo. Eso está bien: ayuda a vivir, facilita la comunicación, promueve el desarrollo interior, y para la mayor parte de nosotros es, me parece, más que suficiente.

Luego, si se persevera, se eligen buenos modelos, se atina con los temas y, sobre todo, se escucha al yo interior, y se le deja fluir y expresarse, si se tiene paciencia, y se corrige mucho puede – insisto: solo puede – que de pronto, cuando menos se espera, ocurra algo más.

No es fácil definir qué es ese algo más pero sí lo es reconocerlo cuando está presente y echarlo en falta si no aparece. Puede manifestarse en una palabra, un verso, una peculiar sintaxis, un determinado ritmo o melodía, una cierta asociación de imágenes, un cierto asunto. O una combinación de todo eso. O algo que no es nada de eso y que nadie encontró antes. Entonces todo se reorganiza en torno a ese elemento, adquiere otra luminosidad, un nuevo sentido.

“Me enriquece aquél que me hace ver de manera completamente distinta lo que veo todos los días” escribió Valéry. La gran poesía es, en cierta medida, visionaria. Vuelvo a Valéry: “La poesía más valiosa es (para mí) la que es o fija el presentimiento de una filosofía. (Un) estado más rico y mucho más indefinido que el estado filosófico que podría acarrear”

Todos tenemos un lugar íntimo, un reducto de la personalidad donde germinan las pulsiones y donde el individuo siente la presencia de lo ajeno como propio y de lo propio como ajeno, donde brotan la pasión y los sentimientos. Entre ellos, el sentimiento poético.

Se trata de un lugar especial, del que emana una fuerza especial. Algunos neurofisiólogos lo sitúan en el paleo-cortex, entre el hipocampo y la amígdala cerebral. Cuando llegamos a él notamos algo indefinible que nos

envuelve y arrastra. Carlos Gurméndez lo llama “pasión” y dice que es “(un) impulso pre-reflexivo que sitúa los seres y las cosas para aprehenderlos... una síntesis inestable de inquieta quietud y de quieta inquietud... idealidad de la pulsión (y)... materialización de la idea apasionada”.

Hacerla transitar hacia la corteza cerebral sin que se disipe, concretarla en imágenes y ritmos comprensibles por otros, transformar esas imágenes y ritmos en palabras es el trabajo del poeta. La tensión originada por ese tránsito y esas transformaciones se hace a veces insoportable. Para el escritor, esa tensión es la máxima expresión de vitalidad. Nada nos parece comparable.

Es una fuerza que modula el resto de las facultades intelectuales (por ejemplo, la percepción, la memoria, la capacidad cognitiva) y que constituye la materia prima de las emociones y los sentimientos: el amor, el miedo, el

odio, la ira, la cólera, la alegría, la tristeza, el placer o la melancolía. Sin ella, por bellas y hermosas que sean las palabras que uno pueda escribir, carecerán de significación y sentido. Sin ella no hay poesía. Solo con ella tampoco. Inteligencia y pasión son las dos caras de una misma moneda. Cada poeta ha de construir su propio lenguaje. Y eso toma tiempo y esfuerzo. Para sostener ese esfuerzo hace falta pasión que es, además, la base de cualquier lenguaje poético.

Es lo que traté de resumir en el poema con que empieza “Diario de ruta”, que no por casualidad se titula “Estamos vivos”